
+ Celestina Funes de Frutos

Hubo un tiempo en que nuestra Facultad no gozaba del favor que hoy lleva hasta sus aulas bullicioso gentío, ávidos de ciencia, ni de la autoridad que hoy ejerce sobre el vulgo y su expresión escrita, el diario. Han pasado desde entonces, tres, cuatro lustros, y ya se han olvidado las luchas sostenidas, para imponerse, contra lo que llamábamos con ingénuo énfasis, «el ambiente hostil». Esta casa, silenciosa e ignorada, tenía entonces una recogida nobleza; había una dulce poesía en sus patios, perfumados en primavera por jazmines y durazneros, inundados al atardecer por los tañidos de las campanas de las Catalinas; en sus clases se estudiaba con sencillo entusiasmo.

No eran muchos los que se aventuraban hasta la calle Viamonte a curiosear qué eran estos griegos y metafísicos; eran muy escasos los que con abnegación que sorprendía al profano, resolvían correr el albur de la carrera. Escasas sobre todo las mujeres, en su mayoría, ya profesoras distinguidísimas a las cuales la Facultad abrió un anhelado campo de más vastos estudios y más autorizada actividad. Entre ellas ocupó en todo tiempo un lugar preferente en nuestra estimación y respeto, como abierta inteligencia y como dama, la señora Celestina Funes de Frutos, recientemente fallecida.

No llegó joven a estas aulas y las abandonó ya en la declinación de su vida, dejando en ellas la memoria, que espero dure todavía por largo tiempo, de su clara inteligencia, rica cultura, señoril afabilidad y cordial compañerismo. Se fué concluida brillantemente su carrera, sin que, como ha pasado en tantos otros, lo advirtiéramos en el primer momento; pero luego, con el andar de los años, ¡cuántas veces hemos sentido el vacío por ella dejado y medido lo que valía aquel su trabajar silencioso frente a este rumor de plaza!

Nos eran conocidos sus honrosos antecedentes profesionales y la autoridad de su magisterio; habíamos oído hablar de su juvenil dedi-

cación a las letras; pudimos estimar personalmente su aptitud para el estudio intenso y la amplia comprensión; y tanta confianza nos inspiró siempre esa dama culta, seria y benévola, que nos tuvimos por muy honrados cuando aceptó la vicepresidencia del Centro en días de lucha e inquietud, en que los hombres no podíamos confiar demasiado en la debilidad específica de las compañeras.

Ha muerto sin que muchos de sus amigos hayamos podido tributarle el último homenaje, tanto dispersan los años y la vida: estoy seguro, sin embargo, que ninguno de los que frecuentamos su trato, ha de haberse enterado indiferente de la dolorosa noticia, pues mujeres como Celestina Funes de Frutos atraen los corazones con su dulce influjo y se los hacen de tal suerte adictos, que no sin grande aflicción el vínculo se rompe.

ROBERTO F. GIUSTI
